

las niñas de sus ojos, y la dejaba hacer todo cuanto se le antojaba. Con lo dicho puede usted imaginar cuánta libertad... No hay para qué decir lo que se murmuraba en el pueblo; pero según parece, todas las sospechas, en cierto modo excusables, á que diera lugar la muchacha con su comportamiento, desvaneciéronse completamente por infundadas, tanto que al presente no hay quién crea que llegaran las cosas á mayores... Y la verdad es que parece extraño y hasta increíble, porque, según algunos, se pasaban juntitos horas y más horas. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que no es esto cosa rara, singularmente en estas regiones: casos se han dado de muchachas apasionadas y libérrimas que se han pasado el día entero al lado del hombre á quien amaban, y que con ignorar, al parecer, lo que fueran el recato y la modestia, han permanecido austeras, tenaces é inexpugnables lo mismo que vestales.

Sea de esto lo que quiera, el hecho es que el oficial le había prometido casarse con ella; que la muchacha dió crédito á tales promesas, y que estuvo á dos dedos de perder la cabeza de alegría. Como suena: momentos hubo en que se temió que se volviera realmente loca. Y lo creo. ¿Quién es capaz de saber lo que puede el amor en almas de aquel temple? Un día si no le quitan de entre manos á una muchacha de la cual, no se sabe por qué, se había encelado, acaba con ella. Aquí pasó precisamente, delante del café, y en presencia de todos la abofeteó de lo lindo: fué aquella una verdadera escena. Y no fué esta la única. Como una mujer pasando por delante de la casa de su oficial mirara á las ventanas, ó topándose con él en la calle volviera la cabeza para mirarlo, era cosa sabida, amenazábala con que haría y acontecería.

En resolución, que llegó el día del cambio del destacamento: que el oficial le prometió volver á los dos meses: que la muchacha le creyó á pies juntillas, y que él se fué y no volvió.

La pobrecilla se puso enferma. Posible es que recobrada la salud, y perdiendo poquito á poco la vislumbre de esperanza que en su corazón quedaba, hubiese concluido por olvidarle completamente; pero es el caso que antes de haber entrado en convalecencia, se enteró, no sé de qué manera, de que su amante se había casado. El golpe fué tanto más terrible cuanto menos esperado. Enloqueció. Ésta es la historia.

—¿Y después?

—Después, según he dicho, fué enviada al hospital de Sicilia; después volvió, y ahora, hace cosa de un año que está aquí.

En aquel momento asomóse á la puerta del café un soldado que preguntaba por el médico.

—Le contaré más tarde lo demás. Hasta la vista.

Y así diciendo se fué.

Al levantarse el oficial para saludarle chocó la vaina del sable con la mesa, y casi al mismo tiempo oyóse en la plaza una voz que decía:

—Le he oído: le he oído. Está ahí.

Y al propio tiempo apareció la loca en el umbral de la puerta.

—¡Echadla!—gritó el oficial incorporándose como empujado por un resorte.

Y la muchacha fué despedida.

—Le esperaré en su casa,—decía en tanto se alejaba. Le esperaré en su casa, mi oficialillo.

IV

La madre de Carmela habitaba, con dos ó tres familias de labradores, en una casuca situada en un extremo de la población, y se ganaba escasamente la subsistencia cosiendo en blanco. En los primeros tiempos de la locura de su hija recibía

de cuando en cuando algún socorro en dinero de las familias más acomodadas; pero al cabo fueron éstas cansándose y no le dieron cosa alguna. Los bienhechores debieron convencerse de que sus auxilios eran completamente inútiles, puesto que la muchacha no quería comer ni dormir en su casa, ni había medio de hacerle conservar entero un vestido nuevo una semana siquiera. No hay para qué ponderar lo que con esto sufría la pobre de la madre, y los esfuerzos, la perseverancia con que trabajaba para ver si conseguía algo de su hija: todo inútil. A veces, después de muchas súplicas y no pocos ruegos, accedía la desgraciada muchacha á dejarse vestir un traje nuevo, y después, de repente, lo rasgaba, lo tijereteaba, lo hacía pedazos. Otras veces, apenas la dejaba su madre, que amorosamente y con todo esmero la había peinado, metíase las manos entre el pelo, y en un instante se despeinaba y enmarañaba como una furia.

La mayor parte del día la pasaba vagando por los montes más agrestes y solitarios, gesticulando, hablando consigo misma y riéndose á carcajadas. Muchas veces, pasando por aquellos sitios los carabineros, habíanla visto desde lejos ocupada y quehacerosa formando montoncitos de piedras, ó sentada horas y horas al borde de un precipicio inmóvil y con la mirada clavada en el mar, ó durmiendo tendida en el suelo cuán larga era. Si por acaso advertía ella su presencia, les seguía con los ojos hasta tanto que habían desaparecido, sin responder ni con la voz, ni con la mirada, ni con el gesto á las señas que le hicieran. Sólo algunas veces, cuando estaban ya muy lejos, hacía con las manos ademán de dispararles un tiro; pero siempre con rostro muy serio. Igual comportamiento observaba con los soldados, con los cuales nadie la había visto detenerse, ni hablar ni reír. Pasaba á su lado ó por en medio de ellos sin contestar una sola palabra á las que le dirigían, sin volver la cabeza, sin mirar siquiera. Y no había quién se atreviese á tocarla ni á tirarle tan sólo de la orla del vestido,

porque tenía fama adquirida de que con un bofetón estampaba los dedos en la cara.

Donde quiera que se hallase, en cuanto llegaba á sus oídos el ruido de un tambor, se acercaba. Salían los soldados para hacer el ejercicio á orillas del mar, y ella les seguía; y en tanto que mandaban los sargentos las maniobras, y el oficial estaba contemplándolo desde cierta distancia, ella se retiraba á un lado, y en la mayor seriedad remedaba los movimientos de los soldados y los de los fusiles con un bastoncito, y repetía en voz baja las de mando. Después de repente tiraba el palo, y se iba á dar vueltas en derredor del oficial, mirándole y sonriéndole amorosamente y llamándole con los nombres más dulces, bien que en voz baja, y cubriéndose los labios con la mano para evitar que los soldados oyeran sus palabras.

Cuando permanecía en la población se pasaba casi todo el día delante de la casa del oficial, en medio de un círculo de muchachos que se divertían con bufonadas; pues tan pronto se forjaba con un pliego de papel un sombrero de copa, provisto de gran visera, que se ponía luego de medio lado, y apoyándose en un bastón y charlando con voz gangosa remedaba la manera de andar del alcalde; como echando mano de algunos fragmentos de papel que se entretejía con el pelo, con los ojos bajos y la boca apretada, haciéndose aire con la mano á modo de abanico, recogíendose con la otra el vestido y balanceándose muellemente, hacía la caricatura de las pocas señoras de la población, cuando se dirigían á misa en los días festivos. En otras ocasiones, como diera casualmente con un chacó viejo y mugriento, tirado á la calle por algún soldado, encasquetábaselo hasta las orejas, ocultando en su interior todo el pelo, y luego, con los brazos rígidos y apretados contra el cuerpo, daba dos ó tres vueltas en derredor de la plaza, con paso lento y acompañado, imitando con la voz el sonido del tambor, seria, firme y tiesa como un recluta de los más decididos. Pero sea lo que quiera lo que hiciese, la gente no le prestaba la menor aten-

ción: sólo los muchachos, y especialmente los pequeñuelos, eran los que constituían el círculo de sus espectadores. Sin embargo, las madres procuraban que se mantuvieran á respetable distancia de ella, porque un día, contra sus habituales costumbres, y quién sabe por qué antojo de su fantasía, se apoderó de un chiquillo de siete á ocho años, el más lindo de cuantos la contemplaban, y fueron tantos y tales los besos que le dió en el rostro y en el cuello, que el chiquillo rompió á llorar y á gritar, pensando y temiendo que iba á ahogarle.

Raras eran las veces que entraba en la iglesia, y en ellas empezaba por arrodillarse y cruzar las manos como los demás, y murmuraba no sé qué palabras; pero luego, de repente, rompía á reír, y se deshacía en gestos y ademanes tan extraños é irreverentes, que el sacristán se veía precisado á cogerla del brazo y ponerla bonitamente de patitas en la calle.

Cuando estaba en su cabal juicio tenía muy linda voz; pero después que perdió el juicio no hacía más que canturrear de un modo inarticulado y monótono, especialmente cuando permanecía sentada en el umbral de su casa, ó al pie de la escalera del domicilio del teniente, comiendo higos chumbos que, puede decirse, constituían su único alimento.

Tenía con todo horas de amarga melancolía, durante las cuales no hablaba ni reía con persona alguna, ni aun con los chicuelos; y durante ellas permanecía junto á la puerta de su casa agazapada lo mismo que un perro, con la cabeza revuelta en las sayas, ó el rostro cubierto con el pañuelo, sin darse cuenta de cosa alguna, sin menearse poco ni mucho, aun cuando se metiera ruido á su alrededor y se la llamara por su nombre, aun por su misma madre. Pero esto acontecía muy de tarde en tarde, pues por lo común estaba siempre alegre.

Según he dicho, con los soldados no se metía y ni siquiera les miraba: todas sus caricias las reservaba para los oficiales. Mas no los trataba á todos del mismo modo. Desde que volvió del hospital habíase cambiado el destacamento seis ú ocho

veces, y no todos los oficiales que mandaron lo fueron de la misma edad, de la misma apostura y de igual carácter. Pudo notarse que sentía más viva simpatía por los más jóvenes, con tal que la diferencia fuese de pocos años, y que sabía distinguir perfectamente entre los guapos y los feos, siquiera fueran todos su «amor» y su «tesoro.» A un cierto subteniente, que fué uno de los primeros que vinieron, hombre de unos cuarenta años, narigón y panzudo, de voz estentórea y mirada de basilisco, jamás le había puesto buena cara. La vez primera que con él se encontró habíale dirigido alguna palabra cariñosa; pero como él, hombre de pocos amigos, le contestara con malos modos, acompañando la palabra con un gesto de amenaza, á fin de darle á entender que no estaba para bromas, y que lo mejor que podía hacer era no meterse con él, desistió de sus intentos, bien que no sin dejar de seguirle á alguna distancia cada vez que le encontraba en la calle, y de pasarse muchas horas sentada junto á la puerta de su alojamiento. Entrara ó saliera no le decía una palabra; pero tampoco se movía de su sitio.

Lo mismo hizo con dos ó tres oficiales que vinieron después de éste, y que no se diferenciaban gran cosa, en aspecto, modales y carácter. Pero vinieron otros, más jóvenes, más apuestos y más galanes, y podría decirse que estaba loca con ellos, si ya no lo hubiese estado. No faltó alguno á quien se le metiera en la cabeza volverla á la razón, fingiéndose enamorado de ella, y diciéndole que de veras la amaba; pero tomaba la cosa á broma, por lo que desistió de su intento al cabo de pocos días de prueba, convencido de que nada había de alcanzar. Otro menos filántropo y algo más materialista se había dicho: —¿Pues qué, es indispensable que una muchacha linda esté en sus cabales?— y habiendo convenido en que no, procuró persuadir á Carmela de que para hacer el amor está de más el juicio. ¡Y cosa extraña y casi increíble! halló una resistencia obstinada é invencible. No es que dijera un no redondo y decidido, porque lo probable es que no entendiera de un modo

claro y determinado lo que de ella se pretendía; pero como por instinto, á todo acto, á todo ademán, ¿cómo lo diré?... á todo acto, á todo ademán que atisbos ofreciera de decisivo, esforzabase para desprenderse de quien la tenía cogida por las manos, retiraba los brazos, cruzábalos sobre el seno y se hacía un ovillo, riéndose de un modo extraño, como los niños cuando presumen que se les quiere hacer objeto de una burla que no pueden penetrar, y, riendo, quieren dar á entender que la han comprendido, precisamente para que les sea revelada. En semejante situación, animándosele el semblante y relampagueándole los ojos, no parecía loca y estaba hermosísima, y aquella resistencia, aquella aspereza, imprimiendo á los movimientos de su persona cierta gracia y gentileza, comunicaban extraordinario relieve á la gallarda elegancia de sus formas. Los pocos que lo intentaron vieron que era empresa irrealizable. Se me dijo que uno de ellos, refiriendo un día al médico lo vano é inútil de sus esfuerzos, había dicho: — Mujeres con el sentimiento de la virtud en el cerebro, en la conciencia y en el corazón, he visto muchas; pero mujeres como ésta, que lo tengan en la sangre, en lo más íntimo de su ser, debo confesarlo, no he visto otra. — Sostenían algunos que en los oficiales que le agradaban, presumía ver al suyo, al que la había amado y abandonado. Acaso no fuese cierto; porque de ser así, alguna vez habría dicho algo alusivo á lo que con él le había pasado, y la verdad es que jamás dijo cosa alguna que con ello tuviera relación, y cuando se le dirigía alguna pregunta ó se le decía algo á semejante propósito, no daba muestra de entender ni recordar, y después de haber escuchado con toda atención se echaba á reír. Cuando marchaba un destacamento iba á acompañarle hasta el puerto, y cuando se alejaba el buque lo saludaba con el pañuelo; pero sin llorar, ni hacer ademán alguno de pena ó dolor. Después se encaminaba á hacer sus protestas de afecto al recién llegado, y el último venido parecía gustarle más que los otros.

V

Regresó el médico al cabo de breve tiempo, y refirió al oficial cuanto acabamos de consignar. Éste, al despedirse, repitió:

— ¡Lástima! ¡es tan bonita!

— En efecto, y por cierto que debía tener un gran temple de carácter, — añadió el doctor.

Y el oficial salió.

Estaba ya la noche muy adelantada y en la plaza no se veía alma viviente. Su alojamiento se hallaba bien situado en la parte opuesta á la del café. Dirigióse á ella lentamente y casi de mala gana. — Estará allí, — se decía, — y aguzaba los ojos, adelantando la cabeza y volviéndola á derecha é izquierda para descubrir si había alguien delante de la puerta; pero inútilmente porque la noche estaba como boca de lobo. Andando, andando, de cada vez más despacio, deteniéndose, mirando, escudriñando...

— Si supiera, — pensó, — que me está esperando un malandrín con el puñal en la mano, me parece que adelantaría con paso más franco y decidido.

Y dió diez ó doce pasos más resuelto.

— ¡Ah! allí está.

La había descubierto. Estaba sentada en el umbral de la puerta; pero con la oscuridad que reinaba, no podía verle el semblante.

— ¿Qué haces aquí? — preguntóle acercándosele.

De pronto no respondió: levántose, acercóse á él hasta tocarle y poniéndole ambas manos sobre los hombros, con suave vocecita y un acento que, oyéndola, se dijera que hablaba lo más razonablemente del mundo, le dijo:

— Te aguardaba... Dormía.

— ¿Y por qué aguardabas? — preguntó el oficial desasién-